

## PARTE I.

Las nuevas de la conquista de Alhama derramaron general satisfacción en toda Castilla, pero en especial llenaron de gozo á los reyes que las recibieron como feliz presagio del buen suceso final de sus planes contra los moros. Estaban oyendo misa en su real palacio de Medina del Campo, cuando recibieron las cartas del marqués de Cádiz, que les participaban el éxito de su empresa. Un cronista contemporáneo dice "que el prudente Fernando, todo el tiempo que permaneció sentado á la mesa en aquel día, estuvo meditando entre sí el mejor partido que se debería tomar:" preveía que los castellanos se verían pronto sitiados por un ejército poderoso de Granada, y determinó socorrerlos á toda costa. En su consecuencia dió orden para hacer al instante preparativos de marcha; pero antes acompañó á la reina, que fué con solemne procesion de la corte y del clero á la iglesia catedral de Santiago, en donde se cantó el *Te Deum*, y se dieron con toda devoción gracias al Dios de los ejércitos por el triunfo con que habia coronado á las armas castellanas. Por la tarde partió el rey para su viaje de Andalucía, escoltado por los nobles y caballeros que estaban al lado de su persona, quedándose la reina para partir despues que hubiera dado orden á la reunion de los refuerzos y auxilios necesarios para proseguir la guerra <sup>11</sup>.

Los moros sitiaron á Alhama.

El día 5 de Marzo se presentó el rey de Granada delante de los muros de Alhama con un ejército compuesto de tres mil caballos y cincuenta mil infantes. Lo primero que se ofreció á su vista fueron los restos mutilados de sus infelices súbditos, que los cristianos, que hubieran tenido á escándalo darles sepultura, habian arrojado por las murallas por temor á que se levantase alguna epidemia, y que estaban medio devorados por las aves de rapiña y por los perros de la población. Las tropas musulmanas, horrorizadas y llenas de ira á la vista de este espantoso espectáculo, pidieron en alta voz que las llevaran al asalto. Habian salido de Granada con tanta premura que iban totalmente desprovistas de artillería, aunque los moros estaban ya prácticos en su uso en aquel tiempo, y era lo que mas necesitaban en este caso, porque los españoles habian empleado con diligencia los pocos

<sup>11</sup> L. Maríneo, Cosas memorables, MS, año 1482.—Mariana. Hist. de España, lib. 25, capítulo 1.  
fol. 172.—Conde, Dominación de los árabes, t. III, cap. 34.—Carvajal, Anales

## CAP. IX.

días trascurridos desde que ocuparon la plaza en reparar las brechas de las fortificaciones y ponerlas en estado de defensa. Pero las filas de los moros contaban con la flor de su caballería; y la inmensa superioridad de su número les permitía atacar simultáneamente los parajes mas opuestos del pueblo con incesante actividad. Por esta causa aquella pequeña guarnición, que casi no podia tener un momento de reposo, estaba abrumada de cansancio <sup>12</sup>.

Pero al fin Abul Hacen, despues de haber perdido mas de dos mil hombres de sus mejores tropas en estos precipitados asaltos, se convenció de la imposibilidad de tomar una posición cuya fuerza natural era secundada tan hábilmente por el valor de los defensores, y determinó reducirla por el método del bloqueo, tardío, pero mas seguro. Favorecíanle para ello una ó dos circunstancias. La villa, que no tenia mas que una cisterna dentro de los muros, necesitaba proveerse casi de toda el agua precisa del río que corría á sus piés. Los moros, haciendo grandes obras, consiguieron apartarle de madre tan completamente, que la única comunicación que quedó á los sitiados con el río era por una galería subterránea ó mina que habia sido abierta probablemente para ocurrir á tales casos por los antiguos habitantes. La boca de este paso la tenían dominada de tal modo los arqueros de los moros, que no se podia salir por ella sin sostener una fuerte refriega, de manera que cada gota de agua podia decirse que se compraba con sangre de los cristianos, los cuales, "si no hubiesen tenido el valor de españoles, dice un escritor castellano, se hubieran visto reducidos al último extremo." Para aumento de calamidades, empezaron á verse amenazados de falta de víveres, por efecto de la imprudente disipación de los soldados, que habian creído que abandonarían la ciudad despues de saqueada y destruida <sup>13</sup>.

Apuros de la guarnición.

En esta coyuntura recibieron la mala nueva de haberse deshecho una expedición que llevaba en su socorro Alonso de Aguilar. Este

<sup>12</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., capítulo 52.—Bernaldez hace subir el ejército musulmán á 5,500 caballos y 80,000 infantes; pero yo he preferido el cálculo mas moderado y probable de los autores árabes.—Conde, Domina-

ción de los árabes, t. III, cap. 34.—Pulgar, Reyes Católicos, lugar citado.  
<sup>13</sup> Garibay, Compendio, t. II, lib. 18, cap. 23.—Pulgar, Reyes Católicos, pp. 183, 184.

PARTE I. caballero, cabeza de una casa ilustre, que despues hizo inmortal la fama de su hermano menor Gonzalo de Córdoba, en cuanto supo la toma de Alhama, reunió un cuerpo considerable de tropas, para ir á socorrer á su amigo y compañero de armas el marqués de Cádiz. Al llegar á las orillas del Yeguas, recibió por primera vez noticias de la formidable hueste que estaba interpuesta entre él y la ciudad, y que no dejaba esperanza alguna de penetrar en ésta con sus fuerzas, insuficientes para el caso. Contentándose por lo tanto con recoger los bagajes que el ejército del marqués habia dejado en su rápida marcha, como se ha dicho, en las riberas de aquel rio, se volvió á Antequera <sup>14</sup>.

En estas apuradas circunstancias, el indomable ánimo del marqués de Cádiz parecia infundirse en los corazones de sus soldados. Estaba siempre en el lugar del peligro, y sufría las privaciones lo mismo que el último del ejército, alentando á todos á que esperasen con segura confianza en el interes y sentimientos que su causa debia despertar en los pechos castellanos. La esperiencia acreditó que no se equivocaba. Poco despues de ocupada Alhama, el marqués, previendo las dificultades de su situacion, habia despachado cartas pidiendo socorros á los principales señores y ciudades de Andalucía. No escribió al duque de Medinasidonia, creyéndole justamente quejoso por haber sido excluido de tomar parte en la empresa principal. Enrique de Guzman, duque de Medinasidonia, tenia mayor poder que ningun otro capitán en aquellas tierras del Mediodía. Sus rentas anuales llegaban á cerca de sesenta mil ducados, y segun se dice podia poner en campaña con solo sus recursos un ejército no inferior al de un príncipe soberano. Habia heredado sus estados en 1468, y desde los principios defendía la causa de Isabel. No obstante su mortal rivalidad con el marqués de Cádiz, tuvo la cortesanía al principio de esta guerra de ir á libertar á la marquesa, á quien una partida de moros de Ronda tenia sitiada en su propio castillo de Arcos, en ausencia de su marido; y ahora manifestó el mismo contento en hacer callar todas las envidias personales á la voz del patriotismo <sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., 360.—L. Marineo, Cosas memorables, cap. 52. fol. 24, 172.—Lebrija, Rerum Gestarum

<sup>15</sup> Zúñiga, Anales de Sevilla, página Decades, lib. 1, cap. 3.

Apenas supo la peligrosa situacion de los castellanos en Alhama, reunió toda la hueste de las tropas y dependientes de su casa, que juntas con las del marqués de Villena, las del conde de Cabra y las de Sevilla, en cuya ciudad habia ejercido por mucho tiempo la familia de los Guzmanes una especie de influencia hereditaria, ascendian á cinco mil caballos y cuarenta mil infantes; y poniéndose á la cabeza de este poderoso ejército, partió sin demora para su expedición.

Cuando el rey Fernando, que seguia su viaje á Andalucía, llegó al pequeño pueblo de Adamuz, como á cinco leguas de Córdoba, recibió noticias del adelanto de la caballería andaluza, y envió al punto instrucciones al duque para que difriese su marcha, porque se proponia ir en persona y tomar el mando. Pero el duque, escusando respetuosamente su desobediencia, representó al rey el extremo á que estaban ya reducidos los sitiados, y sin aguardar respuesta prosiguió sin descanso hácia Alhama. El monarca moro, temiendo la aproximacion de un refuerzo tan poderoso, se vió en peligro de hallarse cortado entre la guarnicion por una parte y estos nuevos enemigos por la otra. Sin esperar, pues, á que se presentaran en la cima de la eminencia que le separaba de ellos, levantó precipitadamente el campo el dia 29 de Marzo, despues de un sitio de mas de tres semanas, y se retiró á su capital <sup>16</sup>.

La guarnicion de Alhama vió con sorpresa la repentina marcha de sus enemigos; pero su admiracion se convirtió en alegría cuando observaron las brillantes armas y banderas de sus compatriotas, que resplandecian en las colinas de las montañas. Salieron con tumultuoso alborozo á recibirlos y manifestarles su agradecimiento; y los dos comandantes, abrazándose en presencia de sus ejércitos reunidos, se protestaron perpetuo olvido de las enemistades pasadas, presentando á la nacion el mejor presagio posible de los triunfos futuros, con la voluntaria estincion de una rivalidad que la habia asolado por tantas generaciones.

No obstante los buenos sentimientos que se manifestaron en los dos

<sup>16</sup> Pulgar, Reyes Católicos, páginas de Sevilla, pp. 392, 393.—Cardonne, 163, 184.—Bernaldez, Reyes Católicos, Hist. d'Afrique et d'Espagne, t. III, p. MS., cap. 53.—Ferrerías, Hist. de España, t. VII, p. 572.—Zúñiga, Anales

El duque marcha en socorro de Alhama.

Hace levantar el sitio.

Entrevista de los dos ejércitos.

PARTE I. ejércitos, estuvo á punto de originarse una disputa acerca de la division de los despojos, en los cuales pretendia una parte el ejército del duque, por haber contribuido á asegurar la conquista que sus mas afortunados compatriotas habian hecho; pero fué apaciguado este descontento, aunque con alguna dificultad, por su noble gefe, que exhortó á sus tropas á que no mancillaran los laureles que habian adquirido, mezclando una sórdida avaricia á los generosos motivos que los habian llevado á emprender esta expedicion. Despues de haber dado el tiempo necesario al descanso y reparacion de las fuerzas, los ejércitos reunidos procedieron á evacuar á Alhama, y habiendo dejado en guarnicion á Diego de Merlo, con un cuerpo de tropas de la hermandad, se volvieron á sus tierras <sup>17</sup>.

Estancia de los reyes en Córdoba. El rey Fernando, recibida la contestacion del duque de Medinasionia, habia apresurado su marcha por el camino de Córdoba hasta Lucena, con ánimo de pasar á toda costa á Alhama. Fué disuadido de ello, no sin mucho trabajo por los nobles de su acompañamiento, que le hicieron presente lo temerario de esta empresa y la imposibilidad de obtener ningun buen resultado, aun cuando consiguiera su objeto, con las pocas fuerzas de que podia disponer. Luego que recibió la noticia de que se habia levantado el sitio, se volvió á Córdoba, en donde se le juntó la reina á fines de Abril. Isabel se habia ocupado en hacer poderosos preparativos para llevar adelante la guerra, reuniendo el dinero necesario, y convocando á los vasallos de la corona y á la principal nobleza de la parte del Norte, para que estuvieran prontos á reunirse al estandarte real en Andalucía. Despues pasó en rápidas jornadas á Córdoba, no obstante el estado de preñez en que entonces se hallaba muy adelantada.

Vuelven los moros á atacar á Alhama. Allí recibieron los reyes la mala nueva de que el de Granada, en cuanto se retiraron los españoles, habia vuelto á sitiarse á Alhama, llevando artillería, por cuya falta habia sufrido tanto en el sitio precedente. Produjo esta noticia verdadero desaliento en los castellanos, muchos de los cuales opinaban por el total abandono de una plaza que, decian, "estaba tan cerca de la capital, que precisamente habia de hallarse espuesta de continuo á repentinos y peligrosos ataques,

<sup>17</sup> Pulgar, Reyes Católicos, páginas 183 á 186.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diálogo 28.

al mismo tiempo que por la dificultad de penetrar hasta ella costaria su defensa incalculable pérdida de hombres y de dinero:" añadian que "la esperiencia de estos males era lo que habia hecho abandonar-la en tiempos anteriores, en que fué conquistada á los sarracenos por las armas españolas.

Pero Isabel no se dejó llevar de estos argumentos, y dijo que "la gloria no se ganaba sin peligros; que la presente guerra estaba llena de particulares dificultades y riesgos, en los cuales ya se habia reflexionado antes de emprenderla; que la posicion fuerte y central de Alhama la hacia de la mayor importancia, porque se podia considerar como llave del país del enemigo; que aquel era el primer triunfo conseguido en esta guerra, y el honor y la política juntamente les impedian adoptar una medida que no podria menos de abatir el ardor de la nacion." Este parecer de la reina, manifestado tan resueltamente, resolvió la cuestion, y comunicó un rayo de su entusiasmo á los corazones de los mas desalentados <sup>18</sup>.

Quedó, pues, resuelto que el rey marcharia á libertar á los sitiados, llevando consigo abundantes socorros de víveres, á la cabeza de un ejército suficiente para obligar al monarca moro á retirarse. Así se hizo sin tardanza; y habiendo Abul-Hacen levantado por segunda vez su campo en cuanto oyó que se acercaba Fernando, éste entró en la ciudad sin oposicion, á 14 de Mayo. Acompañaba al rey una lucida comitiva de prelados y de la principal nobleza; y con su auxilio quiso dedicar su nueva conquista al servicio de la cruz con todas las solemnidades de la Iglesia. Practicada la ceremonia de la purificacion, el Cardenal de España consagró las tres mezquitas principales de la ciudad como templos de la religion cristiana. Para ellos suministró liberalmente la reina campanas, cruces, un suntuoso servicio de plata y otros utensilios sagrados; y la iglesia principal de Santa María de la Encarnacion ostentó por mucho tiempo un paño de altar bordado por sus manos. Isabel no perdía ninguna ocasion de acredi-

<sup>18</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 53, 54.—Pulgar dice que Fernando siguió el camino mas meridional de Antequera, en donde recibió la noticia de la retirada del rey moro. La divergencia no es de grande importancia; pero como Bernaldez, á quien he seguido, vivia en Andalucía, teatro de la accion, puede suponerse que tuvo medios para adquirir datos mas seguros.—Pulgar, Reyes Católicos, pp. 187, 188.

PARTE I. tar que había emprendido la guerra, más que por motivos de ambición, con verdadero celo por la exaltación de la fe. Fernando, acabadas estas ceremonias, y habiendo reforzado la guarnición con nuevas tropas al mando de Portocarrero, señor de Palma, y dejándola provista de víveres para tres meses, se preparó á hacer una incursión en la vega de Granada. Ésta se ejecutó según el espíritu y método de aquel modo inhumano de hacer la guerra, tan contrario al uso de los tiempos posteriores de mayor civilización, no solo destruyendo los frutos aun no sazonados, sino cortando los árboles, y arrancando las viñas. Así hecho, sin romper una lanza en la empresa, se volvieron triunfantes á Córdoba <sup>19</sup>.

Vigoras medidas de la reina.

Entretanto Isabel estaba tomando activas medidas para la prosecución de la guerra. Envió órdenes á las diferentes ciudades de Castilla y Leon, hasta las fronteras de Vizcaya y Guipúzcoa, mandando que acudieran con el repartimiento ó subsidio de víveres y el contingente de tropas que debía dar cada distrito, juntamente con una cantidad proporcionada de municiones y artillería. Todo había de estar pronto delante de Loja, para 1.º de Julio, en cuyo día el rey en persona saldría á campaña á la cabeza de su caballería, para poner sitio á aquella fuerte posición. Y como se recibieran avisos de que los moros de Granada estaban haciendo esfuerzos para conseguir que los de África les ayudaran á sostener el imperio musulmán en España, la reina hizo armar una escuadra al mando de sus dos mejores almirantes, con instrucciones para que cruzasen en el Mediterráneo hasta el estrecho de Gibraltar, cortando de este modo toda comunicación con la costa de Berbería <sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. I, Quinc. 1, diál. 28.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 54, 55.—Lebrija, Rerum Gestarum Decades, lib. 1, cap. 6.—Conde, Dominación de los árabes, cap. 34.—Salazar de Mendoza, Crónica del Gran Cardenal, pp. 180, 181.—Mármol, Rebelión de moriscos, lib. 1, cap. 12.

Durante este segundo sitio, unos caballeros moros, en número de cuarenta, consiguieron escalar los muros de la ciudad por la noche, y casi habían lle-

gado ya á las puertas para abrirlas, cuando fueron descubiertos y después de una resistencia desesperada hechos prisioneros, por los cristianos que adquirieron con esto un rico botín, porque muchos eran personas de distinción.—Hay gran variedad en los autores, en cuanto á la fecha de la entrada de Fernando en Alhama. He seguido, como antes, á Bernaldez.

<sup>20</sup> Pulgar, Reyes Católicos, páginas 188, 189.

## CAPÍTULO X.

GUERRA DE GRANADA.—MALOGRADA ESPEDICION CONTRA LOJA.—  
DERROTA EN LA AJARQUIA.

1482—1483.

Malograda expedición contra Loja.—Revolución en Granada.—Expedición á la Ajarquia.—Disposición del ejército.—Preparativos de los moros.—Sangriento conflicto en medio de los montes.—Los españoles se abren paso.—Sale libre el marqués de Cádiz.



OJA está á pocas leguas de Alhama, en las orillas del Jenil, que desliza su clara corriente por un valle frondoso cubierto de viñedos y olivares; pero la ciudad se halla encerrada entre unas montañas tan escabrosas, que sus moradores le dieron, no sin propiedad, por divisa de sus armas *una flor entre espinas*. Los moros la tenían defendida por una buena fortaleza, al mismo tiempo que el Jenil, que la rodeaba como profundo foso por la parte del Mediodía, era excelente reparo contra cualquiera ejército que la atacara; por cuanto el río solo se podía vadear por un paraje, y pasar por un solo puente que se dominaba muy bien desde la ciudad. Además de estas ventajas, el rey de Granada, advertido por la desgracia de Alhama, había reforzado la guarnición con tres mil de sus mejores soldados, al mando de un guerrero entendido y veterano que se llamaba Alí-Atar <sup>1</sup>.

CAP. X.

Situación de Loja.

<sup>1</sup> Estrada, Población de España, t. fol. 317.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, t. III, página 261.